

OPINIÓN

TRIBUNA | POLÍTICA Con motivo del 60 aniversario del Tratado de Roma, el autor reivindica el papel de una Europa unida para evitar que el continente quede relegado en el orden mundial y pide implicación ciudadana para lograrlo.

¡Europeos: 'Ex Roma Lux'!

ENRIQUE CALVET CHAMBON

EL SÁBADO 25, en la ciudad eterna, muchos ciudadanos europeos, celebrando el 60 aniversario de la firma del Tratado de Roma, saldremos a la calle para una marcha festiva y convivencial tras los actos conmemorativos. Tendrá sus réplicas en muchas ciudades europeas y compartirá con ellas el aspecto más importante: el reivindicativo. Y puede ser muy interesante, hasta lo indispensable, reflexionar sobre este aspecto.

En efecto, dicho sexagésimo aniversario llega en un momento tan crítico para el porvenir de los ciudadanos de la Unión Europea, y para los otros europeos, que no será sólo el momento de congratulaciones y loas sobre lo avanzado y conseguido, sino el de encauzar las soluciones a futuro para una ciudadanía preocupada, confusa y huérfana de proyecto sólido. De hecho, que sean sobre todo organizaciones federalistas las que convoquen esa marcha indica la intención firme, y tal vez alarmada, de recuperar el legado de los padres fundadores de hace seis decenios y el espíritu del gran Altiero Spinelli, autor del *Manifiesto de Ventotene*, escrito bajo la dictadura fascista de Mussolini, texto seminal para una Europa políticamente unida.

Los que allí marchemos, no cabe duda, queremos para nuestros descendientes mejor y más Europa, con la convicción serena y meditada de que, en algunos aspectos claves, no puede haber mejor Europa sin más Europa. ¿Pero qué significa eso? Pues, ante todo, no significa la persecución de ningún ideal romántico, no significa la realización de un sueño idealista, no significa el triunfo de alguna facción o algún partido. Es mucho más importante. Significa que no concebimos un porvenir de libertad, prosperidad, fraternidad y seguridad para los europeos, todos los europeos, sin una Europa más unida, muchísimo más unida, alrededor de una ciudadanía europea en permanente avance y

construcción. El fin no es un idea, instrumento, el fin es legar a las futuras generaciones una mejor y más plena vida, y nunca ir para atrás de lo que nos legaron nuestros predecesores, a veces con inmenso sacrificio que

ca, las élites eran otra cosa, tenían más poder, mucha más *auctoritas* y respeto merecido, y las ideas sobre sus responsabilidades históricas muy consolidadas. Hoy en día, eso no se da y probablemente sea mucho más difícil que se dé. Algún experto en comunicación y sociología ha llegado a decir que Sir Winston Churchill, probablemente el primer europeo que mentó los Estados Unidos de Europa, hogaño no pasaría de gacetero de salsa rosa... Era también una generación que salía de una guerra atroz que había decidido la sociedad occidental en la que queríamos vivir. Hoy en día estamos luchando por impedir el brote de conflictos bélicos modernos en nuestro suelo y vecindad. En segundo lugar, la tecnología de ahora, especialmente la de los medios de comunicación, se parece a la de entonces tanto como a la de la Edad del Bronce, lo que tiene como consecuencia una colosal aceleración de los tiempos históricos. La política de *petits pas* de Monnet ya no basta. No es lo mismo mejorar Europa, ni explicarla, en 140 caracteres, que no tener ni que explicarla. En tercer lugar, lo que ha mudado enormemente es la sociedad en sí. Se observa fácilmente, para los que peinamos canas, la distancia entre una sociedad que sale de una cruel y brutal carnicería mundial, con el único miedo a que se repita y con aspiraciones inmensas de progreso y paz, y una sociedad que da por adquirida la paz (¡ojalá no se equivoque!) y cuyo miedo principal es perder su confort y que el progreso material se estanque o desacelere. Un miedo que es manipulado y motor de muchos disparates desinformados. Como la desafección hacia el Proyecto Europeo, por ejemplo.

Y todo eso acaece, paradójicamente, en un momento en que una más y mejor Europa es más indispensable que nunca, tal vez incluso más que en 1957. Hablemos de paz y seguridad, por ejemplo. Si no nos dotamos urgentemente, los europeos, de una capacidad propia de defensa y seguridad, ¿cómo vamos a asegurarla a nuestros descendientes? Actualmente, ningún país de la UE, ninguno, es capaz de construir un solo portaviones. ¿Y queremos defendernos de las amenazas mundiales? La política de cooperación, que es mejor que nada, ha mostrado sus limitaciones ante los bárbaros atentados que padecemos recurrentemente, irecurrentemente en Europa! ¿No es mucho más eficaz tener una CIA y un FBI Europeos integrados? Una eficacia que se mide en menos muertes y menos miedo. Y si hablamos de libertad, y de nuestro derecho a vivir nuestros valores democráticos de libre expresión, solidaridad, cohesión, fraternidad, etc. ¿Vamos a recurrir a la voluntad de otros para protegerlos? ¿Vamos a perder nuestra autonomía y capacidad de decisión como europeos? Desde luego, una miriada de naciones independientes de medio pelo ya no pesará mucho en el orden mundial. ¿Y qué decir de la prosperidad? Si desaprovechamos las sinergias y las economías de escala de un gran mercado único por completar eficazmente, las ventajas y el poder de decisión que da una moneda única con peso internacional, aún por consolidar, la capacidad negociadora y el poder de hablar en nombre de un amplio mercado unido en las negociaciones internacionales, ¿cómo avanzaremos en prosperidad, restaurando proteccionismo y devaluando la peseta? Seamos serios. El

que se estanca, retrocede. Finalmente, y con perspectiva, la situación es esencialmente sencilla: por la evolución tecnológica, sus raíces societarias y colectivas de pertenecer a un territorio y su historia mundial, la evolución humana ha llegado a un punto en el que las relaciones de poder, las que rigen y deciden el orden mundial y nuestras sociedades y formas de vivir se han continentalizado, en el sentido de que el poder residirá cada vez más en Estados o Naciones/continentes (EEUU, Rusia, China, India, Brasil, etc) que impondrán las reglas de juego y la protección de sus modelos. Europa tiene que decidir si da el gran paso para convertirse en un Continente o ir para atrás en un apéndice de taifas fragmentadas (y enfrentadas) en el concierto mundial. Es ahí donde la ética nos pide, a algunos por lo menos, reclamar más y mejor Europa. No vemos otra solución buena. Malas, hay muchas, y pregonadas frecuentemente por personajes sospechosos.

¿PERO cómo vencer las dificultades enunciadas y luchar por retomar el buen camino? No se podrá obtener si una muy importante masa crítica de ciudadanos europeos no lo apoya activamente, ni lo reclama firmemente. Es condición *sine qua non*. Lo primero es exigir a las instituciones europeas (no nos fiamos de los gobiernos) una monumental campaña informativa del coste de la no Europa, más incluso que de lo conseguido. Las élites deberían participar intensamente (no los gobernantes, que hoy en día no son élite, sino todo lo contrario). Y a partir de ahí, la sociedad civil tiene que salir a defender el porvenir de sus hijos, desenmasca-



RAÚL ARIAS

«No habrá más y mejor Europa si millones de europeos no la piden, combatiendo cacicatos nacionalistas»

merece nuestro respeto.

En este punto recuperaremos el espíritu de los padres fundadores de 1957, que, como ha quedado demostrado, iniciaban la senda de procurar a los europeos la paz, libertad y prosperidad de la que gozamos hoy. Sucede, sin embargo, que si bien compartimos con ellos el deber y la ilusión de trabajar para nuestro porvenir y con visión histórica en un momento álgido, las condiciones de partida son muy distintas. Entre muchas, citemos tres diferencias claves. En aquella épo-

rando, tuiteando, votando, ocupando los medios de comunicación (metafóricamente), exigiendo, debatiendo, educando... marchando, como en Roma. Tenemos la suerte de que todas las encuestas demuestran que los jóvenes son los que menos creen en fronteras, en etnicismos, en regresos al pasado. Que lleven la bandera del futuro, ya que ellos mismos son el futuro. No habrá más y mejor Europa si millones de europeos no la piden, combatiendo cacicatos nacionalistas y la manipulación del miedo. Algunos empezaremos en Roma este sábado, a ver si todos los caminos salen de Roma...

Enrique Calvet Chambon, es eurodiputado de ALDE (Grupo de la Alianza de los Liberales y Demócratas de Europa). Miembro del Comité Federal de la UEF (Federalistas europeos)